

Don Rodrigo Jiménez de Rada, coordinador de España

La tradicional forma de concebir la Historia y sus hechos da, en muchas ocasiones, lugar a espejismos y visiones defectuosas de la realidad de los sucesos y de los acontecimientos. El pendular movimiento de las modas —y no hay que negar que hasta en los estudios científicos existen estas marcadas tendencias, según los tiempos—, no sabe de términos medios y oscila entre considerar la vida de las naciones y de los pueblos como sujetas al albedrío, acierto e inteligencia de las jerarquías reales y de los hechos militares, o bucea, perdiéndose en mil minúsculos detalles, en el fluir vital de cada uno de los que fueron, en el inmenso hormiguero humano de cada ciudad, en las costumbres, en las leyes aun no bien definidas del comercio, de la navegación, etc. Entre ambas tendencias escapan personalidades intermedias, que no son ni los monarcas, a los que creemos únicos protagonistas de la Historia y árbitros que dirigen los acontecimientos de la misma, ni tampoco la masa compleja de un pueblo, a quien también se juzga a veces único responsable de que los hechos fueran como sucedieron. Se trata de figuras que nacidas de esa masa, se desprenden, por innata aristocracia personal, de ella y ascienden a las alturas desde las que pueden imprimir sellos y carácter a la marcha de un país, de una nación. A este género de personalidades históricas de temple extraordinario corresponde don Rodrigo Jiménez de Rada, Primer Ministro de varios Reyes, Primado de las Españas, primer historiador de nuestra patria y coordinador de España. "Premier" en toda la extensión y valor de la palabra.

Por el apuntado defecto histórico de método o de criterio aunque la personalidad del gran arzobispo toledano no pudo pasar inadvertida, quedó siempre —dentro de un coro unánime de alabanzas— a un lado, considerada como la de un personaje de gran relieve, pero sin lograr extraer de ella el juicio verdadero ni las enseñanzas que su vida nos fué dejando, siempre que interpretamos esta vida no simplemente en un marco de estricta biografía sino engarzada en el de los grandes hechos nacionales.

La reacción en el sentido de valorizar de un modo exacto la enorme aportación hispana del arzobispo se ha iniciado por parte de los historiadores españoles en época relativamente reciente. Decimos la valoración y no el estudio, ya que a éste han aportado desde fechas lejanas sus esfuerzos hombres de la talla del P. Fita y del Marqués de Cerralbo (1).

Esta valoración de la figura del gran arzobispo navarro va encaminada —especialmente en lo que a mí mismo se refiere— a dejar sentado de una vez para siempre que Rodrigo Jiménez de Rada es el auténtico coordinador de España, primera piedra del imperio, antecesor lógico de los Reyes católicos, primer "español" de España en sentido rigurosamente cronológico, considerando España como un todo. Desde este nuevo punto de vista —que vamos a ir analizando más adelante— nos daremos cuenta por primera vez de lo que para la Historia de España ha significado la vida, la actividad y la presencia en ella de Jiménez de Rada. Podemos decir, sin que en ello haya ni un miligramo de exageración, que en su persona hallan expresión clara y consciente todas las que han de ser desde entonces características de la vida y de la historia hispanas. Todas las ansias de unidad, significadas por los dirigentes españoles más señeros en todas las épocas, él es el primero que las manifiesta de un modo terminante. Y como en ellas —según veremos en seguida— todas las demás esencias españolas.

Para nosotros es enormemente aleccionadora su vida misma, por lo que tiene de sugerente. Lo primero que en ella nos llama la atención con fuerza es lo dilatado de su intervención en la marcha del país. Nacido en 1170 muere cuando va a conquistarse Sevilla, tras casi cincuenta años —¡medio siglo!— de constante y no interrumpida acción por las tierras de España o en beneficio de ellas.

Sin salimos del marco mismo de su vida, lo que primero nos pone ya en el plano de la admiración es su itinerario. Nace en Puente la Reina, en Navarra, hijo y nieto de navarros,

(1) las obras recientes a que hacemos referencia son principalmente: Javier Gorosterratzu. **Don Rodrigo Jiménez de Rada, gran estadista, escritor y prelado. Estudio documentado de su vida, de los cuarenta años de su Primacia en la Iglesia de España y de su Cancillerato en Castilla.** Pamplona 1925. Eduardo Estella Zalaya: **El fundador de la Catedral de Toledo,** Toledo 1926. M. Ballesteros Gai-brois: **Don Rodrigo Jiménez de Rada, Barcelona** 1936. En el segundo número de "Jerarquía" (Pamplona 1937). Eladio Esparza recoge hábilmente en una nota los principios sentados en estos libros citados.

ros, descendientes de Velasco de Rada, no de los que alzaron a descendientes de Velasco de Rada, uno de los que alzaron a Iñigo Arista en 835 como caudillo reconquistador. Pues bien, Rodrigo, destinado a ser uno más en su estirpe, con más o menos gloria, traslada inmediatamente su actividad a Castilla, presintiendo seguramente la función creadora que por Dios le ha sido encomendada a esta vieja y sobria región española. Pero llo pasa a Castilla como un emigrante, como un logrero que busque ocupación y prebendas. No. Va a Castilla deliberadamente, en uso de plena conciencia, tras de haber probado lo que son los ambientes de otras tierras.

Para que su persona, desde el comienzo, esté nimbada de los mejores auspicios, tiene como tío nada menos que a un santo. El hermano de su madre, doña Eva, es San Martín de Fojosa o Hinojosa.

Sabe de las aulas boloñesas, quizás pasa algún tiempo en Roma, va a París, y regresa a España con el acervo de varios idiomas aprendidos. Probablemente a su vuelta a la patria dominaba el latín, el italiano, el francés, el vasco y el griego. Entonces debió ciarse de lleno al estudio de hebreo y de árabe, que tanto habían de aprovecharle en su futura producción histórica.

Para que podamos comprender de un modo mejor lo que significan para la historia española los casi cincuenta años del trabajo de don Rodrigo en ella, preciso es que refresquemos la memoria con el recuerdo de lo que la península era en los finales del siglo XII. Navarra desangraba en luchas contra Castilla y Aragón, herencia dejada por Sancho el Mayor. Castilla ya no era el gran reino de Alfonso VII, sino que se hallaba fraccionada en dos: Castilla y León. Aragón se hallaba de espaldas a los estados occidentales y las rivalidades de éstos sólo favorecían a un enemigo que se manifestaba entonces poderoso: el imperio musulmán que, aunque fraccionado políticamente, no dejaba de poseer coherencia y cohesión contra los enemigos del exterior.

Don Rodrigo, a pesar de su origen navarro, tiene que venir a situarse en el corazón de una Hispania que siempre presintió y por ello pasa a Castilla, en la que amaba la lealtad de sus hijos (*Castellani et Navarri fidelitatis innatae memores*). Gracias a ello en 1207 es Rodrigo el que logra reunir en Guadalajara a los reyes de Castilla y de Navarra, tan enemistados, y les hace firmar un convenio de mutua confianza avalorado por la entrega recíproca, en rehen, de cuatro castillos, que fueron dados para su custodia

a caballeros de fiar. Uno de estos fué don Xemeno de Rada, padre del futuro arzobispo.

Desde entonces su vida misma va mezclada con lo que de ella va sacando para provecho de España y cuyo análisis ha de ser objeto de mis líneas posteriores. Hombre de confianza del rey castellano, Alfonso VIII el Noble, pasa pronto a la silla toledana, sin que se levante una sola voz protestando por su origen "extranjero" —navarro— se convierte en primer ministro de Castilla, en director de la política real, en amigo de papas y de reyes, en organizador de la Cruzada que había de concluir en las Navas de Tolosa, en el polígrafo asombroso, en el general de la frontera...

Para que conozcamos quien va a ser nuestro protagonista

durante unos minutos, preciso es que detengamos la atención en saber como fué corporalmente. La pintura de Juan de Borgoña en la Catedral de Toledo no nos orienta mucho, pero si el artista tuvo presente datos fidedignos, vemos en ella a un hombre de cara pequeña, ojos extraordinariamente vivos y mirar penetrante, óvalo de un rostro sin aristas, barba fuerte, pero afeitada. Su estatura —comprobada por la medición de su cuerpo incorrupto (¿por qué no está todavía don Rodrigo en los altares?)— de un metro setenta centímetros. Fué un hombre de pura e indiscutible raza española, concreto, normal. Es no solo un emblema de España, sino también una síntesis viva de su época, de su siglo.

Una vida tan rica en hechos de importancia colosal, tan fecunda en producciones intelectuales, en viajes y en gestiones, no puede ser estudiada solo cronológicamente, distinguiendo lo sucedido en cada año. Se impone a su análisis un método diferente: la formación de parles en su actuación, estudiando cada una de ellas separadamente.

Conocemos por lo que el relato corriente de la historia ha hecho más conocido y tradicional, y en lo que podemos hallar, aún, alguna faceta en que mostrar cualidades tuyas poco conocidas. Veámoslo como guerrero. Su conocida actuación en la preparación de la gran Cruzada de las Navas de Tolosa, predicada como tal gracias a él en toda la Cristiandad, culmina en su intervención personal en la batalla cuando al oír que el rey flaquea y este le dice:

—Arzobispo, yo y vos muramos aquí...

contesta:

—De ningún modo, señor, antes aquí mismo venceréis al enemigo.

Con lo que el ejército dubitante torna a embestir con fiereza y eficacia y tras repetir golpe sobre golpe contra la peña almohade, logra quebrantarla.

Pero no es sólo entonces cuando brilla a alturas de epopeya su capacidad bélica. En el año 1214 es el animador de la frontera, el generalísimo del que había de ser adelantamiento de Cazorla, borbía de lo que es un ejército, de las necesidades de las tropas, Las campañas de Fernando III las prepara también él y tanto fué lo que la corona se empeñó con la mitra toledana que aun en tiempo de Alfonso X no se concluyen de pagar todas las deudas.

No es, sin embargo, como guerrero militante, como jefe de la manera con que don Rodrigo se distingue más en las campañas. Lo mejor en él es su capacidad de organización, su intuición soberbia de lo que es un ejército, de las necesidades de las tropas, de lo que más conviene para que los esfuerzos rindan el máximum. El solo recuerdo de como acamparon en la vega toledana los millares y millares de soldados que vinieron para la campaña de las Navas y cómo todos sin excepción, recibieron formal y puntualmente su soldada, bastara para demostrarlo. No faltaron nunca los víveres ni las municiones, ni las pagas, ni los vestuarios. Aparte de todo ello conseguía también don Rodrigo, para que la guerra tuviera un debido éxito, armas entonces de gran eficacia: bulas, privilegios, papeles, consideración de Cruzada para las empresas españolas...

Porque fué don Rodrigo el primero que cuando se solicita la cooperación española para la común empresa de las Cruzadas, narra al mundo como España desde siglos atrás mantenía, en provecho de la Fe y de las culturas cristianas, la más agotadora de las cruzadas, la más tremenda de las guerra. Lo hizo en el momento propicio, cuando España —gracias a él, como veremos— ocupa el primer plano de la atención internacional: en el Congreso de Letrán.

Veamos, sin embargo, al Prelado, al hombre singular que gozó de la amistad y de la confianza de cuatro Pontífices romanos. Ya Canciller de Castilla es elevado al solio tole-

Don Rodrigo Jiménez de Rada

dano, desde el cual lleva a cabo una de las labores más fructíferas de las que en siglos se llevaron a cabo. Recibe una diócesis mermada, pequeña, con cabildo cerrado y edificio catedralicio mezquino. A su muerte se elevan ya los muros imponentes de la actual catedral, se han creado capellanías, se ha duplicado el número de canónigos, han nacido nuevas canonjías, beneficios y curatos y la mitra cuenta con tierras sin fin que la munificencia real ha ido donándole en premio a los personales servicios de don Rodrigo, o que éste ha logrado arrebatarse a los infieles a punta de espada. Una vez asentado en la base firme de su diócesis se lanza, en repetidos viajes a Roma, y en una inagotable correspondencia, a la tarea de que España sea un todo, al menos católicamente. Antes de su llegada a Toledo el Papa había de entenderse con los diversos reinos, enviar legados pontificios y marearse en las rivalidades entre Tarragona, Braga, Santiago y Toledo. Desde don Rodrigo —que expone brillantemente la primacía de Toledo en España, al demostrar, con documentos exhumados por él de los archivos toledanos, cómo durante la dominación árabe, no dejó de haber obispos muzárabes en la ciudad imperial— Roma no necesita de intermediarios, no vuelven los delegados a España y es el mismo Jiménez de Rada el que representa al Papa en la Península, logrando —¡en pleno siglo XIII!— que al menos para la Iglesia la unidad española fuera un hecho. No lo logra de un modo mendicante, precario, sino poniendo a España en el rango internacional a que tenía derecho. A la Iglesia española total no le ligaban más vínculos que los que le creaba su amor a todo lo de España. La primacía de la diócesis de Toledo no implicaba mando ni jurisdicción, ni honores —salvo el tener derecho a uso de palio— ni mando efectivo; pese a ello, don Rodrigo "desface entuertos", cual andante caballero, por la Iglesia española, guiado sólo por el hondo cariño que profesaba a lo español.

Como eclesiástico aun tiene para el alma española una honda significación el arzobispo toledano. El es el primero que, cumpliendo preceptos pontificios que sólo él se cuidó de llevar a cabo en su época, organiza misiones, dejando en lo profundo de las órdenes religiosas el sedimento y la semilla que luego había de fructificar en la espléndida floración misional del imperio seiscentista de España. Fueron los españoles del siglo XIII, los religiosos españoles, quienes, antes que nadie, partieron oscuramente para el

continente africano a librar descomunales e incruentas batallas contra la ignorancia, la aberración y la herejía.

Todas estas facetas —cada una capaz de dar nombre a una figura histórica— no son todas las que presentaba don Rodrigo. Posee, además de excepcionales condiciones personales, todavía virtudes más excelsas: era un sabio de primer orden. Su conocimiento de lenguas, de que ya hemos hablado, causó la admiración de los que le oyeron defender la causa española en el Concilio de Letrán. Todos entendían sus palabras cuando él hablaba. No se trataba, sin embargo, de un milagro, como el de aquellos santos que predicaban en una lengua que todos comprendían. Es que don Rodrigo, con su prodigioso don de lenguas, se iba manifestando en los diversos idiomas de todos los asistentes.

Esta cualidad suya, su profunda base de estudios boloñeses y parisinos, su sorprendente capacidad de trabajo, le hicieron ser el primer polígrafo de la Edad Media. Las obras del "toledano", que es el nombre con que se le conoce como autor, perfilan nada menos que un nuevo concepto de la técnica histórica. Al lado de las crónicas coetáneas, muchas de las cuales inspiró él mismo, escribe, con lo que llamaríamos "sentido moderno", una serie de obras que en conjunto forman una verdadera Historia Universal!, antecedente de la Grande General Estoria que había de escribirse poco después. Así salen de sus manos la Historia **De Rebus Hispaniae**, su historia de los Hunos, Vándalos, Suevo, Alanos y Silingos, su historia de los Árabes (don Rodrigo es el primer autor cristiano que valora las fuentes árabes) y sus crónicas de los pontífices de la iglesia toledana y tantas más. En todas ellas incorpora al método histórico procedimientos nuevos, aprovechamiento y crítica de fuentes diversas, traducciones, notas de sitios distintos, opiniones y juicios.

A su actividad como hombre de sensibilidad científica ha de atribuirse la obligación impuesta al clero de él dependiente de que supiera latín, el entusiasmo por la fundación de los estudios de Palencia, y el calor con que acogió el nacimiento de la Universidad salmantina. Y toda la obra legislativa del siglo XIII —El Código de las Partidas— tiene en él su origen, ya que por encargo de Fernando III pensó precisamente en hacer una compilación en siete partes.

Toda esta actividad fabulosa, que se trunca cuando a la vuelta de una entrevista con el Pontífice parece en un accidente fluvial por el Ródano y que hace que su cuerpo —aun hoy sin corrupción— vaya a parar al monasterio cisterciense de Huerta, se encaminó fundamentalmente a una sola cosa: a demostrar que España era un todo —como hoy lo es— unido, al que solo le hacía falta, como ahora hemos entrevistado con dolorosa experiencia, una voz de mando que lo encauzase. España debe a don Rodrigo nada menos —¡impagable deuda!— que el comienzo de su verdadera historia. Si comparamos el cuadro que al principio de estas líneas se nos presentaba —al aparecer en la escena histórica don Rodrigo— vemos que gracias a él todo se ha transformado. Como confesor de reinas logra que León y Castilla vuelvan a ser de un mismo rey. Con sus gestiones económicas de intendente prepara las campañas de Fernando III, creando con su brazo gran número de los puestos adelantados de la frontera. Lo que al comienzo de su actuación —el Muradal, ante las Navas— fuera vanguardia peligrosa, es lejana "tierra adentro" cuando él muere. Navarra es amiga de Castilla, Aragón igualmente y Castilla, en la que presintiera los destinos unitarios, imperiales, de España, se miraba en las aguas del Atlántico desde costas antagónicas.

Don Rodrigo es un creador sublime, coordinador de España, que hace hundirse en las negruras del olvido una Edad Media con mentalidad del año mil para hacer entrar a España en una nueva era de conquistas, de cultura, de evolución romance, en un anhelo de catolicismo totalizador.

Para concluir, copiaré unas palabras que en 1935 escribí sobre el gran prelado: "La figura de don Rodrigo Jiménez de Rada es semejante a las de esos grandes monumentos, pirámides, o templos indios, que van creciendo paulatinamente según se aleja de ellos el espectador. Allá en el siglo XIII. lo vemos clavado, concreto e inteligente, con los brazos cruzados, de pie en medio de la Historia, mirando a los siglos que le sucedieron, siglos de grandeza, pensando, sin orgullo, con cariño de padre, de creador: **"esto es obra mía. sin mi no hubiera sido"**.

M. Ballesteros.